

CARLO A. MARTIGLI

999

EL ÚLTIMO
GUARDIÁN



999. El último guardián

Carlo A. Martigli

Traducción de Jorge Rizzo

Rocaeditorial

Título original: 999. *L'ultimo custode*
Copyright © 2009 Carlo A. Martigli
First published in Italy by Alberto Castelvechi Editore srl, Roma in 2009
This edition published in agreement with PNLA/Piergiorgio
Nicolazzini Literary Agency.

Primera edición: octubre de 2010

© de la traducción: Jorge Rizzo
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-186-8
Depósito legal: M. 38.106-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A los pocos que adoro y a los muchos que quiero

Prólogo

Septiembre de 2009

Todo empezó hace nueve meses, cuando me llegó la noticia de la muerte del padre de mi padre. Un hombre más que centenario, que vivió una vida extraña y peligrosa, por lo que yo sé de las crónicas familiares. A través de los relatos de quienes le conocieron y oyeron hablar de él, mi abuelo parece haber sido al mismo tiempo un solitario, un benefactor y un aventurero; un hombre de gran cultura, apasionado por todos los campos del saber, un comecuras y un hombre religiosísimo. Un mujeriego también, en vista de que abandonó a mi abuela y a mi padre aún en pañales, pero que según se dice intentó —no se sabe por qué ni en qué modo— seguir en contacto con ellos. Murió en la ermita de Camaldoli, como me contó en una breve carta el prior general de los cenobitas camaldoleses. La carta iba acompañada de un texto mecanografiado, con la recomendación de que lo leyera con atención, y de un antiguo volumen, sellado, quizá de valor.

9

Nunca tuve un trato de confianza con él: lo habré visto tres o cuatro veces en mi vida; la muerte prematura de mis padres probablemente influyera en esta lejanía. Al principio fue únicamente la curiosidad la que me impulsó a leer el libro. Sin embargo, página tras página me fui dando cuenta de que la historia que narraba me cambiaría la vida para siempre. A mi pesar, ahora sé que es un misterio que persigue desde hace siglos a mi familia y del que es protagonista y víctima al mismo

tiempo. Un secreto terrible, que remite a hechos lejanos en el tiempo, pero de posibles consecuencias devastadoras en caso de que fuera a parar a manos erróneas y usado de un modo insensato. Si hubiera sido revelado al mundo en su tiempo, nuestra historia habría sido muy diferente; no podemos saber si mejor o peor, pero hoy en día el peligro es aún mayor. En estos momentos no estoy en disposición de saber ni de demostrar cuánto hay de cierto en lo que se cuenta en el libro. Sólo sé que he dedicado estos últimos meses a documentarme sobre todo lo que se relata en él, y todo ha sido descrito y anotado de forma correcta. No estoy seguro siquiera de si el libro lo escribió mi abuelo o alguna persona cercana a él. Pero ahora mismo no tiene mucha importancia. Ahora todo depende de mí; tengo a mis espaldas una enorme responsabilidad. Algunos indicios me hacen pensar que alguien, desde las sombras, quiere que yo recoja el testigo de mi antecesor y que, precisamente yo, el último de mi familia, resuelva el enigma que hay tras este misterio. Porque hay un enigma, no sólo una historia. Lo he comprendido desde el momento en que he abierto el segundo pliego, el antiguo. Ahora tengo miedo, porque sé que cuando encuentre la solución nada será como antes.

El último guardián

Entre Arezzo y Chiusi, lunes, 1 de mayo de 1486

Por la antigua Via Cassia, que siguiendo la Val di Chiana comunica Arezzo con Chiusi, un grupo compacto de hombres armados avanzaba a paso decidido. El pelaje de los caballos estaba cubierto por un manto de sudor que emitía un siniestro brillo a la luz de las antorchas de hierro que llevaban en mano los caballeros. En aquella noche de luna nueva, quien los encontrara por el camino bien podía tomarlos por una legión de demonios dispuestos a incendiar las antiguas parroquias que durante siglos habían ofrecido reparo a los viajeros.

A la cabeza del grupo iba un hombre de buena planta, vestido con una capa ligera y un jubón de cuero grueso con elaboradas marcas a fuego. Tenía un cabalgar pesado con el que avanzaba poco, pero lo hacía con una determinación muy superior a la de todos los demás. En cuanto el caballo hacía ademán de dar un bandazo para aligerar el ritmo del galope, le plantaba las espuelas en los flancos, que ya sangraban. Hacía horas que nadie osaba dirigirle la palabra. Giuliano Mariotto de Medici, exactor mayor de Arezzo, estaba sumido en los más siniestros pensamientos y se regodeaba mentalmente en su próxima venganza, pensando en qué castigo infligiría a su mujer y al amante de ésta. Eran ambos culpables, y su honor había sido mancillado gravemente. Aunque nadie había tenido el valor de hablarle de aquello, sabía perfectamente que la fuga de los amantes se había convertido ya en el tema de conversación preferido en todas las tabernas de la ciudad toscana y que muy pronto la noticia llegaría hasta Florencia, donde

su nombre se convertiría en el hazmerreír de toda la corte del Magnífico.

Un caballero con una boina emplumada en la cabeza y con el pecho protegido por una coraza oscura aceleró el paso y se situó junto a su señor; a diferencia de los otros, su porte militar era evidente y su acento alemán lo hacía aún más amenazador.

—Señor, las huellas son cada vez más frescas: ahora ya los tenemos a tiro. Aunque no se hubieran detenido, no nos llevarían más de una hora o dos de ventaja. Y los caballos empiezan a estar cansados y quizá se merezcan un descanso.

—El único descanso que concederé esta noche será el descanso eterno a quien me ha ofendido —respondió Giuliano, sin bajar siquiera el paso—. Me sorprendes, Ulrich: ¿te estás ablandando?

La mueca de su rostro no le gustó a Ulrich de Berna. El mercenario suizo, jefe de la guardia del exactor aretino, había matado por mucho menos. Pero Giuliano de Medici sería su señor aún por dos años, como estipulaba su contrato. Y él respetaba los contratos, obviamente, si seguían pagándole. Para sus adentros, pensó que Margherita, la mujer de su señor, había hecho bien en plantarle sobre la cabeza un buen par de cuernos.

—Como queráis, mi señor. Entonces les pediré a los demás que sigan vuestro paso. Y si, tal como creo, los dos se han parado en una posada a dormir, dentro de una hora podréis disponer de sus cuerpos como os plazca.

Ulrich se alejó sonriendo discretamente. Había exagerado a propósito su acento gutural en el momento de pronunciar «posada», «dormir» y «cuerpos». Un modo elegante para decir que probablemente, en aquel preciso momento, Margherita estaría pasándose en grande en la cama con su amante.

En la vieja Abadía del Pino dejaron el camino principal y cortaron por las colinas, que se erigían como islas en medio de un mar traicionero, poniendo a dura prueba sus cabalgaduras. A sus pies se extendían los pantanos que invadían aquellas llanuras, irrespirables en verano y gélidos en invierno.

Su carrera se vio interrumpida en la roca de Badicorte: a aquella hora el lugar ya estaba desierto y el portón, cerrado, les cortaba el paso. Giuliano lo golpeó con fuerza varias veces usando el grueso brazal de cuero de cabrito que le protegía el

codó. En realidad, los tachones en punta lo convertían en un arma ofensiva, tal como había solicitado expresamente a su maestro herrero de confianza.

Los soldados que estaban de guardia en el puente se despertaron de golpe y, empuñando las lanzas y soltando imprecaciones, abrieron la aspillera. Cuando Giuliano de Medici gritó su nombre, se apresuraron a abrir, sin olvidarse, eso sí, de cobrar el peaje. Sin dejar de espolear a los caballos, el grupo llegó a las proximidades de Marciano in Chiana. Unas luces a lo lejos alertaron a Ulrich. Sin esperar la orden de su señor, mandó a todos que apagaran las antorchas y avanzaran al paso con el máximo silencio. A unos cientos de metros vieron una posada y un elegante carruaje. Eran ellos, que se habían detenido a descansar —«o a otra cosa», pensó Ulrich—. En cualquier caso, la cacería había llegado a su fin.

Aaron los caballos y se acercaron en silencio. Cada uno de los caballeros empuñaba una espada y un puñal afilado. A una señal de Ulrich, dos de ellos avanzaron, agachados, hasta apostarse tras el carruaje. Dos criados que dormían abrazados en su interior murieron degollados, sin un lamento. Después le tocó a un tercero que, atraído por un pequeño ruido, se estaba acercando al carro. Fue el propio Ulrich quien se ocupó de él, hundiéndole la espada en un costado, mientras le mantenía cerrada la boca con la mano para que no gritara. Le dejó la hoja dentro hasta que lo sintió exánime; luego la sacó, bañada en sangre, y con ella hizo ademán a los demás para que se acercaran. Giuliano ya estaba dentro, a él le tocaría la mejor parte: la de sorprender a los dos amantes y llevar a cabo su venganza.

Intentaron entrar, pero la puerta estaba atrancada. No había otro modo de acceder sin hacer demasiado ruido, así que Ulrich llamó suavemente, como si fuera un viajero en busca de alojamiento. Al cabo de unos minutos, por la ventana de la planta baja apareció la luz de una vela y en el enorme portalón se abrió una mirilla. Ulrich tosió, masculló unas palabras de disculpa y la puerta se entreabrió lo necesario. El posadero se encontró con la punta de un puñal entre los ojos y se dispuso a gritar, pero Ulrich fue más rápido y le metió en la boca un pañuelo sucio. Al posadero se le cayó la palmatoria de la mano y el ruido despertó a algunos criados que dormían con la cabeza

apoyada sobre las mesas de madera. En aquel momento, el destacamento hizo su entrada en la posada.

Ulrich les gritó a sus hombres, y éstos hicieron lo propio. Ahora ya se habían descubierto, y llegados a aquel punto la mejor táctica era la de asustar y confundir al enemigo. No hubo lucha; fue una carnicería. Los tres criados que dormían no tuvieron tiempo siquiera de armarse antes de pasar por el filo de la espada. Los demás, que dormían arriba, se despertaron con el alboroto e intentaron defenderse como pudieron, pero se vieron superados en un momento. Sólo uno de los soldados de Giuliano resultó levemente herido en un brazo. Una vez abatido el último de los criados que montaba guardia frente a una puerta, Giuliano se abrió paso y se acercó. Tuvo la tentación de llamar, casi como deferencia última a la mujer que había desposado por amor, al menos él, no desde luego por la mísera dote que le había reportado. Pero se dio cuenta de que aquel gesto habría provocado el escarnio y la pérdida de respeto entre sus hombres. Aestó una violenta patada a la puerta, que no se abrió. No se oía ningún ruido del otro lado. Giuliano buscó con la mirada a Ulrich, que hizo una señal a dos de sus hombres. Cargando con el hombro derribaron la puerta y enseguida se retiraron, dejando paso a su señor.

14

En la penumbra Giuliano distinguió dos cuerpos en la cama, inmóviles, y el blanco de sus ojos. Con la mano alejó a sus hombres, que bajaron las escaleras en silencio, seguidos por la mirada burlona de Ulrich. Tomó una vela de la mesa y la encendió, de espaldas a la cama. Los dos amantes se movieron al unísono y se irguieron ligeramente, aún cubiertos por una colcha de lana. Ahora ya los veía: la melena cobriza de su mujer, que enmarcaba un rostro que aún le parecía más bello que de costumbre. Quizá fuera por la ira que se reflejaba en sus ojos, sin el mínimo atisbo de miedo. Y a su lado, la larga melena rubia de su rival, Giovanni Pico della Mirandola, que lo observaba con aire distante, nada sorprendido, casi como si esperara aquel encuentro desde tiempo atrás.

—Tendría que mataros —dijo en voz baja, de pie, mirándolos desde lo alto.

—Pero no lo harás, ¿verdad Giuliano? —respondió, fría, Margherita—. Porque eso podría ser malo para tus negocios.

—Tendría todo el derecho de hacerlo —respondió el exactor, levantando la voz— y nadie podría hacerme ningún reproche.

—Alguien sí: Lorenzo, por ejemplo.

—Él tiene sus problemas en Florencia; no creo que quiera ponerse a defender a una pareja de adúlteros. Pero podría dejarle a él con vida y matarte a ti.

—No lo harás. Lo sé.

—Pero ¿cómo te atreves? ¡Deberías morirte de vergüenza!

—Giuliano —respondió, con un tono de voz más cálido—, tu amor ha sido y es importante para mí, y no te he faltado al respeto. Pero siempre te he dicho que cuando encontrara a mi alma gemela seguiría el dictado de mi corazón y no el del deber. Ése era el pacto que tú mismo aceptaste antes de casarte conmigo.

De Medici echó una mirada al hombre que estaba al lado de su mujer.

—Es cierto —dijo, rompiendo su silencio Giovanni Pico—. Es todo cierto, señor. Margherita y yo nos amamos, y eso va más allá de cualquier convención. Comprendo vuestro dolor y vuestro resentimiento, pero este amor nació en el mismo instante en que nos vimos por primera vez, como si supiéramos que estábamos destinados desde siempre el uno para el otro.

—¡Callad! ¡No tenéis derecho! ¡Y no penséis que vuestra posición como favorito del Magnífico os garantiza que salvaréis la vida!

—Estoy dispuesto a morir —dijo Giovanni, levantándose de la cama y acercándose al marido de Margherita a pecho descubierto—. Puede que me matéis y tenéis derecho a hacerlo según la ley, pero también puede que comprendáis. Yo no puedo odiaros, puesto que hasta hoy, como marido de Margherita, la habéis protegido, así que no me opondré de ningún modo a lo que decidáis. Pero ella será por siempre mía.

Giuliano lo miró con los ojos desorbitados: estaba allí, frente a un hombre desnudo, inerme. Levantó el brazo izquierdo para golpearlo con el brazal acabado en punta que había comprado precisamente para la ocasión y luego levantó la mano derecha, amenazándolo con la empuñadura de la espada. Pero se detuvo, con ambos puños cerrados, contemplando la expre-

sión de absoluta tranquilidad del otro. Los dos hombres se miraron prolongadamente, pero en sus ojos no se leía el desafío. Giuliano tuvo la impresión de que podía leerle el pensamiento al conde Della Mirandola, y de que éste podía leerle los suyos. Bajó los brazos y se dirigió a su mujer.

—Ahora vámonos. Tengo que llevarte a casa.

—Lo sé —dijo ella, gravemente.

Giuliano no la miró mientras se vestía y cuando estuvo lista le ofreció el brazo para ayudarla a bajar las escaleras. Ulrich subió y entró en la habitación, cogió los suntuosos vestidos del conde y los tiró con un gesto brusco sobre la cama, invitándolo a que se vistiera a toda prisa.

—Os esperan, noble Mirandola —dijo, sarcástico—, y desgraciadamente para vos, estáis obligado a seguirme.

Giovanni se vistió sin prisa ante su mirada y, cuando se dirigió a la salida, no hizo nada para impedirle que le atara las manos con una robusta cincha de cuero. Lo ayudaron a montar a caballo y, acompañado por Ulrich de Berna y cinco caballeros más, llegó a la muralla de Marciano, que ya estaba abierta. Pasaron por la estrecha barbacana: su carcelero iba por delante de él, y se dirigió al paso hacia el Campo de Marte. Tras desmontar, Giovanni quedó bajo la custodia de dos soldados, vestidos con los colores de Siena, y fue conducido a la torre de la fortaleza. La última puerta, en el punto más alto, daba a una amplia celda. Sin mediar palabra le invitaron a entrar y se quedó a solas mientras oía cómo acerrojaban la puerta a sus espaldas.

Pasó la noche insomne, mirando a través de la alta y estrecha ventana de barrotes una porción del cielo estrellado. Un olor a rosas procedente de abajo le traía el perfume del nudo de amor que había creado con Margherita. Tenía la profunda certeza de que ella sería la última mujer de su vida. Con ella había recreado la antigua unidad. Los había unido el Amor, el acto creativo, y no se separarían nunca más.

Florenxia, domingo, 10 de julio de 1938

Uno por uno, los siete hombres se pusieron en pie e introdujeron la mano en una bolsita de terciopelo, dejando caer una bolita en su interior. Cuando acabaron, uno de ellos las sacó todas y las alineó sobre la mesa que tenía delante.

—Cinco blancas y dos negras —anunció—. Omega aprueba. Miguel, ¿abres tú las persianas, por favor?

Por la ventana entró una ráfaga de calor, amortiguada hasta entonces por la penumbra. La humedad era palpable y, sumada a los pequeños remolinos a nivel del suelo, anunciaba la llegada de un temporal. Miguel alzó la cabeza y dejó pasear la vista entre las cornisas: el trocito de cielo que veía se vio cruzado por una bandada de palomas, procedente quizá de la Piazza del Duomo. En aquel momento el campanario de Giotto anunció la misa vespertina.

—¿El sistema de siempre, Gabriel? —preguntó Miguel, tomando asiento de nuevo.

—Diría que sí, si no hay una propuesta mejor. No veo por qué cambiarlo, al menos mientras Suiza siga manteniéndose neutral e impenetrable. Siempre podemos alegar «consultas varias» sin problemas y sin suscitar ninguna sospecha, aunque alguien quiera investigar.

—¿Pero qué necesidad había de hacer una nueva transferencia? Por las cuentas que nos ha mostrado Giacomo, la librería presenta una economía más que floreciente, y no parece que tenga necesidad de dinero. Él mismo no lo ha pedido.

Gabriel juntó las manos y levantó las cejas, mirando por

encima de las gafas. Sólo sonreían sus ojos, pensando en lo bien que le iba el nombre de Remiel a su interlocutor. Al igual que el ángel del rayo divino, lanzaba sus flechas contra todos y contra todo, pero no había nadie más fiel y honesto que él.

—Giacomo lleva muy bien la administración del negocio y no pide nunca nada, a menos que se vea obligado. Pero también sabes que es oportuno que disponga de una cifra consistente para casos de necesidad imprevista.

—Ese dinero sólo tiene un objetivo —puntualizó Remiel—: garantizar la seguridad del libro con el paso del tiempo.

—Es exactamente lo que lleva haciendo Giacomo toda su vida —intervino Rafael, en un mal disimulado arranque de mal humor—, y además, los fondos no paran de crecer. Hay suficientes para las próximas diez generaciones.

—Nadie afirma lo contrario —respondió con calma Remiel—. Yo sólo quería decir...

—Queridos ángeles... —los interrumpió Gabriel.

18 Eligió usar el ritual interno al dirigirse a los otros miembros para dar más autoridad a sus palabras. Eran sus últimos meses como *primus inter pares*, cargo que duraba un trienio. A fin de año habría cedido el puesto a Israel: dieciocho años más tarde volvería a tocarle a él, pero dudaba de que el destino le concediera de nuevo aquel privilegio.

—Todos estamos al servicio del libro, ni más ni menos que Giacomo. Y es una suerte que tengamos nuestras pequeñas divergencias. Así, las decisiones que tomemos serán fruto de atentas valoraciones. Ése es precisamente el origen de Omega, y creo que el hecho de que haga tres siglos que estamos aquí debería ser para todos nosotros un motivo de legítimo orgullo...

—Dentro de dos años celebraremos precisamente el tricentenario —añadió Miguel, dándose con las palmas de las manos en las rodillas. Era el más joven del grupo. El hecho de que le hubiera tocado el nombre de Miguel, el ángel de la espada de fuego, le había entusiasmado desde el día de su iniciación, apenas tres años antes, tras la muerte del último Miguel—. Es una lástima que no podamos celebrar una fiesta —prosiguió. Su fresca sonrisa contagió también a los demás y eliminó cualquier rastro de tensión en el seno de Omega.

—Creo que ahora tendríamos que dejarnos ver en la misa

—intervino de nuevo Gabriel—; las señoras estarán esperándonos.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Todas las que quieras, Uriel —respondió Gabriel—. Yo no tengo prisa.

—Me enorgullezco de formar parte de Omega desde hace más de ocho años, y esta frase tuya me ha recordado una idea que me viene a la mente de vez en cuando.

—Adelante, Uriel, nos tienes a todos en vilo.

Uriel era particularmente tortuoso en sus razonamientos, pero a veces sus ocurrencias daban pie a interesantes discusiones.

—¿Por qué no se ha casado nunca Giacomo?

La pregunta flotó en el aire el tiempo suficiente como para que se cruzaran muchas miradas, sin que nadie supiera dar una respuesta. Le tocó a Gabriel, pues, romper el silencio. Ciertas preguntas, hasta las más ingenuas, si no obtienen respuesta, a veces se convierten en un arma de doble filo.

—No lo sé con seguridad, pero creo que en cierto modo a él le ha ocurrido lo que le sucedió al conde. Una vez encuentras la mujer de tu vida, si te la quitan, es difícil poder encontrarle un recambio. Pero en lo que respecta al libro —añadió, en un tono más coloquial—, creo que la solución que ha encontrado Giacomo compensa de un modo espléndido la falta de descendencia directa, de sangre, quiero decir.

Los miembros de Omega fueron saliendo uno tras otro, cada cinco minutos, siguiendo el orden alfabético: primero Miguel, luego Rafael, Raguel, Remiel, Uriel y Zeraquiel. Se llamaban así, en recuerdo de los siete arcángeles bíblicos, unidos con el único fin de proteger a Giacomo, el Guardián.

Por último salió Gabriel, que cerró la puerta de una salita de la Accademia dei Georgofili. El chaparrón lo pilló de lleno, y se refugió bajo la cercana Loggia de los Mercaderes, donde tuvo que compartir el espacio con un ruidoso grupo de familias de militares alemanes. Le hubiera gustado evitarlo, pero con aquella lluvia ni siquiera un ángel de verdad habría podido salir volando.

Marciano, Val di Siena, martes, 2 de mayo de 1486

20

Antes del alba, el silencio se rompió con el correr del pesado cerrojo; después nada. Con cautela, Giovanni se dirigió hacia la puerta y la encontró abierta. Bajó la escarpada escalera de madera que pocas horas antes había afrontado con las manos atadas y salió al exterior. Un caballo ensillado y enjaezado parecía esperarle, un magnífico bayo salernitano, robusto y musculoso, con una tupida crin y anchos ollares de los que emanaba un ligero vapor. En sus grandes ojos vivarachos, en los que se reflejaban las primeras luces del día y las últimas estrellas de la noche, vio miedo y agitación. Le acarició el cuello, sin prisas, y cuando se ganó su confianza, montó en la silla. Todas las puertas estaban abiertas, incluida la de la barbacana, y Giovanni Pico salió rápidamente de Marciano y se dirigió al galope hacia la posada de la noche anterior.

Allí encontró la imagen de la tragedia tal como la había dejado: los criados que estaban en el exterior aún tenían la mirada perdida, incrédula ante una muerte que les había pillado por sorpresa. Les cerró los ojos, y lo mismo hizo con los que había dentro de la posada.

A continuación se dirigió a campo abierto hasta que encontró una higuera, árbol primordial, sagrado para todas las religiones. Se sentó con las piernas cruzadas a la sombra de sus hojas verdes y respiró su aroma. Esperó la llegada del día, la de la noche y la del día siguiente hasta que, hacia el ocaso, sintió que había alcanzado de nuevo un estado de conciencia superior. Era lo que los cristianos llamaban «éxtasis», los sabios del is-

lam «despertar», los cabalistas hebreos «intuición mística» y los seguidores del Buda «iluminación». Sólo tenía que esperar, sin ninguna prisa: sabía que llegaría. Efectivamente, al poco tiempo vio la esfera de fuego, la misma que había aparecido, según numerosos testigos, el primer día de su vida. El médico que había asistido a su nacimiento había transcrito puntualmente aquel fenómeno con todo detalle. Astrólogos, científicos y sacerdotes, convocados a la corte de Mirandola, habían dado diversas explicaciones; no obstante, todas coincidían en el hecho de que el neonato sin duda tendría un destino especial. Ahora Giovanni Pico sabía por fin cuál.

Muchas otras veces, desde el día de la muerte de su madre, había percibido la presencia de la esfera, al igual que en cada uno de los momentos más difíciles de su vida. Sentirla de nuevo en su interior lo tranquilizó y le recordó que nada debía apartarlo de su objetivo. Toda su vida la había dedicado a aquel único fin, y el tiempo de las reflexiones había terminado. La esfera se apagó, lentamente, y Giovanni volvió a abrir los ojos. El dolor no lo detendría.

*Casi siete meses más tarde, Roma,
lunes, 20 de noviembre de 1486*

22

El nuevo palacio de los nobles Della Rovere, en el barrio de Borgo Vecchio, aún estaba iluminado con luces de fiesta, a pesar de las altas horas de la noche. El señor de la casa era el nuevo cardenal Domenico della Rovere, enemigo jurado de su primo lejano y también cardenal Giuliano della Rovere, sobrino del papa Sixto IV, muerto hacía apenas dos años. Era invitado de honor otro cardenal, don Rodrigo de Borja y Doms, acompañado de su nueva amante oficial, la joven y bella Giulia Farnese. Sus largas y tupidas trenzas, recogidas alrededor de la cabeza, se aguantaban con una sarta de perlas que culminaba en una enorme esmeralda indicativa de su privilegio. Por ella el Borja había abandonado a Giovanna Cattanei, conocida como Vannozza, una mujer aún muy atractiva, a pesar de los tres hijos que había tenido con el prelado español, pero a la que nadie osaba dirigir sus atenciones, porque aún era considerada propiedad del cardenal.

Un intérprete de vihuela de mano, la dulce viola de origen español que era el instrumento predilecto del ilustre invitado, acababa de atacar un animado *branle*, danza que permitía que las parejas se cortejaran, deteniéndose y mirándose a los ojos antes de separarse. En la Sala de los Semidioses, pintada con frescos de sirenas, tritones, esfinges, centauros y sátiros tocando instrumentos musicales o en escenas de amor y de lucha, resonaban las voces alegres de hombres y mujeres.

Sin embargo, el ambiente jovial y la embriagadora música no reconfortaban en absoluto al joven Giovanni Pico, conde De-

lla Mirandola y de Concordia. Hacía meses que sus pensamientos giraban siempre en torno al mismo tema: la publicación, ya próxima, de sus Tesis. Aun así, no había podido declinar aquella invitación: rechazarla habría sido una grave ofensa para ambos cardenales, el invitado y el anfitrión. Pensó, sonriendo, en los muchos reproches que tendría que soportar si en aquel momento lo hubiera visto el maestro Savonarola, el terrible fustigador de las costumbres, temido por toda Florencia, incluido el más poderoso de los poderosos, Lorenzo el Magnífico. Lo habría agredido con palabras de fuego, parangonándolo con la corrupta nobleza romana, y no se habría equivocado del todo. No tenía escapatoria: aquella noche, entre los peligros materiales y los de la conciencia, había escogido afrontar los segundos.

Pero era hora de irse. Le pidió a un criado su bonete y su capa de terciopelo y escondió en el interior del rico jubón el collar de oro con las insignias de su familia. A aquellas horas de la noche no era conveniente moverse por Roma exhibiendo oro u otras joyas. Además de los bandidos que circulaban impunemente armados del letal estoque, una corta espada triangular, las calles de Roma estaban infestadas de una nueva amenaza. Hordas de españoles sin ninguna ocupación habían ido a parar a la capital con la esperanza de sacar algún provecho de la irresistible ascensión de su protector, el cardenal Borja. Además de robar y asaltar sin ningún temor, a menudo se enzarzaban en feroces escaramuzas con las bandas locales y quien se encontrara en medio de una no tenía escapatoria.

Nadie pareció darse cuenta de la discreta fuga del conde, porque en aquel momento todos estaban ocupados escuchando el famoso *Lauro de Lorenzo*, una nueva composición que se aseguraba que era obra del propio Magnífico, y que iba acompañada de un cierto alboroto y comentarios vulgares por su contenido licencioso. Contento de haberse librado de los bailes, antiguos y nuevos —el *leoncello*, el corro a dos y a cuatro parejas, la *pinzoccara* y sobre todo el *saltarello*, durante el cual resultaba inevitable la transpiración y, por tanto, la expansión de efluvios nauseabundos—, Giovanni Pico se dirigió hacia la Piazza della Giudea, precedido de su paje de confianza. Desde allí se dirigió a Monte de' Cenci, donde se encontraba el taller del maestro Eucharius Silber Franck, el impresor más conocido

de Roma. A pesar de la hora, tiró sin dudarle de la campanilla y se puso a esperar pacientemente en el lado contrario de la calleja. Probablemente Silber Franck estuviera durmiendo, pero estaba acostumbrado a sus apariciones repentinas. Por otra parte, Giovanni Pico no sólo era un gran admirador suyo, sino un óptimo cliente.

El señor Della Mirandola, sumido en la oscuridad, pensó en las vicisitudes que habían llevado al impresor a Roma. A pesar de su conversión, no dejaba de ser un hebreo, y en Alemania una nueva oleada de predicadores, tan decididos como Savonarola aunque quizá no a su altura moral, llevaban un tiempo lanzando voces contra todos los enemigos de Cristo, empezando por los disolutos y corruptos de la Iglesia de Roma, pero también los hebreos, los musulmanes y todos los que se situaran lejos de las virtudes cristianas, las únicas que garantizaban el Paraíso.

24

Meses antes Eucharis, haciéndole una confidencia, le había contado que, para huir de aquellos peligros, su hermano, conocido especiero, se había trasladado con toda la familia a España, a Sevilla, donde hasta pocos años antes había prosperado una floreciente comunidad hebrea. Pero había tenido la mala suerte de caer en las garras del catolicísimo rey Fernando, y había sufrido sevicias sin fin por parte de los dominicos a las órdenes de Tomás de Torquemada, el omnipotente inquisidor.

Más de una vez Giovanni le había preguntado irónicamente a su amigo Savonarola cómo podían encontrarse en la misma orden él y el inquisidor español, y éste le respondía que sus fines eran idénticos pero sus medios estaban en las antípodas, trasladando así la discusión del plano religioso al filosófico.

Eucharis de Wilzburg, el impresor, había tenido más suerte que su hermano. Había elegido Italia, a pesar de las turbulencias políticas que atravesaba y las continuas disputas entre los poderosos y, gracias a la experiencia adquirida en el taller de Gutenberg, en Roma había gozado de una inesperada fortuna, de la posibilidad de renovarse e incluso de libertad. Pero no se fiaba mucho y temía que, antes o después, también llegaran a Italia las persecuciones contra los hebreos. Así que había tomado algunas medidas prudentes —según había confesado a su generoso cliente—, como introducir en sus ediciones un

alias, a modo de sobrenombre, antes de Franck, nombre que hacía evidente su origen judío. El conde Della Mirandola lo había tranquilizado repetidamente: mientras él gozara de la estima y de la amistad de familias como los Orsini, los Medici, los Della Rovere y los mismos Borja, que veinte años atrás habían italianizado el nombre convirtiéndolo en Borgia, no tendría nada que temer.

En el interior del taller apareció una luz y Giovanni oyó el ruido metálico de los cerrojos al abrirse. Por la puerta entrecerrada asomó la silueta de Eucharius, apenas iluminada por una lámpara de aceite.

—¿Qué debo desearos, conde? ¿Las buenas noches o los buenos días? Para lo primero quizá sea tarde, ya que la noche casi ha pasado ya, pero para lo segundo es aún temprano, dado que el sol aún tardará casi cinco horas en salir.

—Deséame una vida serena —respondió Giovanni—, para que disfrute cada hora del día y de la noche.

—Ése es el deseo de todo hombre de buena voluntad, y una tarea nada fácil de llevar a cabo, ni siquiera para Nuestro Señor —respondió Eucharius, invitándolo a entrar y cerrando enseguida la puerta otra vez, mientras Giovanni indicaba al criado con un gesto que se quedara fuera, de guardia.

—No te robaré mucho tiempo, buen Eucharius. Sólo deseo saber cómo llevamos la impresión de mis Tesis.

—Quinientas copias no se imprimen en un santiamén, noble Giovanni. Pese a que, tal como dice mi ilustre colega Ulrico Han, hoy en día se puede imprimir en un día lo que se consigue escribir en un año.

El conde sonrió.

—Conozco a Han, hace muy bien su trabajo y es un hombre agudo y muy ocurrente. Cuando vi su *De honesta voluptate et valetudine* creí que se trataría de un tratado filosófico de algún autor latino, pero después de comprarlo descubrí que era en cambio un libro de recetas de cocina. Fue un agradable engaño, a fin de cuentas, porque me permitió eliminar algunas recetas que me resultaban indigestas...

—Siempre encontramos cosas que aprender, excelencia, in-

cluso alguien como vos. Pero mantened en secreto vuestro descubrimiento, aunque muchos ya lo sepan. Dada su temática profana, Han teme por su licencia de impresor.

—Yo creo que el Bien sin libertad no tiene valor. No hagas el Mal, dice Séneca, y no tendrás de qué preocuparte.

—Ojalá fuera así realmente, excelencia.

—Lo es en el cielo, y lo será también en la tierra cuando los hombres conozcan mejor la esencia divina. Si todos somos hijos de un ser supremo, quiere decir que somos todos iguales. Es eso lo que el mundo debe saber, y espero que lo haga con la ayuda de mis Tesis.

—¿Cómo decís, excelencia? ¿He comprendido bien? Seguro que no. Las orejas de este pobre viejo confunden unas palabras por otras, como el frutero que pone las manzanas podridas en la bolsa después de mostrar las sanas.

—Has comprendido perfectamente, Eucharius. Y a propósito de mezclar las manzanas, querría que tres de los ejemplares los encuadernaras en cuero rojo, con la posibilidad de añadir más páginas. Y que estén dotados de cierre con llave.

26

Eucharius lo miró perplejo, pero a los deseos de un señor noble y rico no podía oponerse ninguna objeción.

—Así será, y procuraré entregaros el trabajo acabado lo antes posible. Pero... ¿cómo nos arreglaremos con la comisión pontificia? Recordad que aún espero que me traigáis su visto bueno para la publicación.

—No temas, lo tendrás antes o después. No obstante, debes saber que todas mis tesis se inspiran en ese Ser único en el que han creído mis antepasados y los tuyos, e incluso Mahoma.

—No digáis eso. Por mucho menos a mi hermano lo han colgado de los pies y le han aplastado y retorcido los dedos de las manos. Era un buen especiero, y ahora no es más que un pobre lisiado.

—Tienes razón, Eucharius. Pero todo eso acabará pronto, estoy seguro, y los hombres como tu hermano no tendrán ya nada que temer.

—Entonces que Dios os bendiga, Giovanni, sea quien sea ese Dios.

Roma, martes, 21 de noviembre de 1486

—Su Santidad, el embajador de los Medici ha llegado.

—Hacedlo esperar como a todos; que no se crea más importante que los demás.

—Como desee Su Santidad... Aunque me permito humildemente observar que en estos momentos difíciles los Medici son acreedores nuestros...

—Sé perfectamente lo que les debemos a los Medici —bramó el Papa—, y no tengo ninguna necesidad de que el cardenal camarlengo me lo recuerde. Hacedle esperar y llamadme a Franceschetto. ¡Que venga inmediatamente!

El cardenal Sansoni salió de la sala pontificia con los brazos cruzados y caminando hacia atrás obsequiosamente, sin replicar. Era sobrino del difunto papa Sixto IV y había conseguido conservar el cargo de camarlengo incluso con el poderoso genovés Giovanni Battista Cybo, que había tomado el nombre de Inocencio, el octavo de la serie. El breve mandato que le había concedido su cargo durante el interregno entre dos papas le había servido para afianzarse en aquella función y ahora no tenía ninguna intención de desprenderse de ella. Entre otras cosas porque, aun siendo formalmente el tesorero, de hecho las llaves del tesoro estaban en manos de Franceschetto, el primero de los dos hijos ilegítimos de Inocencio VIII.

Franceschetto llegó pocos minutos después, pasando por la puerta secreta situada justo detrás del trono papal, ideada en su día como vía de fuga. De hecho, a través de una serie de cámaras, se daba fácil acceso a un pasaje secreto, conocido como

passetto, que de la basílica de San Pedro llevaba directamente a la fortaleza de Castel Sant'Angelo.

—¿Me habéis hecho llamar, padre?

El tono era untuoso, pero la postura erguida y arrogante reflejaba fielmente su carácter. Franceschetto era guapo y alto, con un tupido cabello negro azabache que había heredado de su madre Eleonora, una noble napolitana. Era todo lo contrario de su padre biológico, que quizá por aquello precisamente lo adoraba. Desde que tenía uso de razón, a Franceschetto no le había llamado nada más que la voluntad de acumular riquezas, por un lado, y de perderlas jugando a los dados, por otro. Para hacer frente a ambas pasiones, su padre, nada más ser elegido papa, lo había nombrado señor de Ferentillo, un rico *borgo* en un extremo del ducado de Spoleto. Pero a Franceschetto aquellas rentas no le bastaban y, entre zalamerías y llantos, con su astucia había conseguido ser designado exactor de la Iglesia de Roma.

28

Aquel cargo le había permitido crear y poner en marcha un florido comercio que había llamado «de las indulgencias terrenas». Mientras su padre, el Papa, intentaba engrosar el tesoro de san Pedro vendiendo trocitos del paraíso a nobles y mercantes, él vendía el perdón en la Tierra. Todo ladrón y asesino que llegara sano y salvo a Roma podía así comprarle la impunidad, la condonación de todos sus delitos. A peso de oro, naturalmente. El precio era variable y Franceschetto, que disponía del sello papal, no la concedía por menos de doscientos ducados que, en caso de homicidios particularmente violentos, podían aumentar hasta mil. Tres cuartas partes iban a las arcas de la Iglesia, y una cuarta parte a su bolsillo.

—¿Cuánto tiempo nos queda hasta el vencimiento del próximo plazo de nuestra deuda con los florentinos? —preguntó bruscamente el Papa.

—Como buenos genoveses, ya hemos superado el plazo de pago, padre, y sin satisfacerlo.

—¿Y por qué motivo? ¿No tenemos con qué pagar? —dijo Inocencio VIII, poniendo los ojos en el camarlengo.

Pero antes de que éste tuviera oportunidad de hablar intervino Franceschetto, sentándose con suavidad en los escalones frente al trono:

—No es por eso, padre. Es sólo que queremos que los Medici teman por la suerte de su crédito. Un caballero nunca paga a tiempo, y con mayor motivo si es el Papa. El acreedor debe sentirse honrado y agradecido cuando se le pague, si se le paga.

Inocencio VIII sonrió: aquel hijo suyo, perverso en tantos aspectos, le despertaba casi tanto cariño como el trono que ocupaba, que le había costado años de intrigas, alianzas y traiciones y no menos de cien mil ducados.

—Entonces está decidido —sentenció—: los Medici seguirán esperando. Ahora ya podemos hacer pasar al embajador, y si ha venido a hacer caja, prometeremos, prometeremos...

El camarlengo se frotó las manos y las introdujo lentamente en el interior de las anchas mangas. Bajó la cabeza lo justo para ocultar una leve sonrisa.

—¡Venga, Sansoni! ¿Te has quedado dormido? —dijo el Papa, casi riéndose—. Haz entrar al emisario de los Medici. No, espera. Dime quién es esta vez.

—Un tal Jacopo Salviati, Santidad; cuenta con todas las credenciales —respondió el cardenal camarlengo.

—*Oh, bèlan!* —exclamó Inocencio VIII recurriendo al genovés, como cada vez que tenía ocasión—. *O un è un cusin de Francesco?*

—¿Primo de qué Francesco, Santidad?

—Mira que eres tonto, Sansoni. Francesco Salviati, el arzobispo de Pisa, alma cándida, el que los Medici *han criccâ*.

—*Criccâ?* Cuando habláis de ese modo no os entiendo, Santidad.

—El que los Medici colgaron por haber participado en la conjura de la familia Pazzi —respondió, rebufando.

—No sabría deciros.

—Tú nunca sabes nada, *maccaccu*. Pero ya verás como es él. Los Salviati deben de haber entendido de qué parte sopla el viento. Hazle pasar, que le daremos el pésame.

—Enseguida, Santidad.

Florenca, viernes, 15 de julio de 1938

—¡Giovanni! ¿Has leído *Il Giornale d'Italia* de hoy? —exclamó Giacomo de Mola.

—No, aún no he tenido tiempo.

—Es increíble, o al menos yo no pensaba que llegaran tan lejos. Escucha: «La población de la Italia actual es en su mayoría de origen ario y de civilización aria». Y aquí: «Ya es hora de que los italianos se proclamen francamente racistas. Toda la obra realizada hasta ahora por el Régimen en Italia se fundamenta en el racismo». Es innoble, aquí a la palabra «racismo» le dan una connotación positiva. Pero espera, espera, aún hay más: «Los judíos representan la única población que no se ha integrado nunca en Italia porque está constituida por elementos raciales no europeos, absolutamente diferentes a los elementos que han dado origen a los italianos». ¿Te das cuenta?

—¿Quién firma el artículo?

—No es un artículo, es una especie de manifiesto escrito por un ambiguo «Grupo de estudiosos fascistas, docentes en las universidades italianas». Pero no está firmado, lo que me hace pensar que es obra de Mussolini.

—Te confieso que, tal como están las cosas, me alegro de no ser judío.

—¡Pues yo no! —exclamó De Mola, levantando la voz—. ¡Hoy yo querría ser judío! ¡Me avergüenzo de ser italiano! ¡Debería escribir una carta al *Giornale d'Italia* y exigir que me la publicaran!

Giacomo de Mola no daba la imagen de un hombre temi-

ble. Era alto y delgado y sus cabellos cortos, de punta, ya empezaban a volverse grises. Sus gafas doradas, apoyadas sobre una nariz pequeña, casi femenina, mostraban una aparente fragilidad, en una época en que las porras dictaban las leyes. No obstante, aquel físico suyo, tan seco y nervudo, escondía un demonio y, en sus raros arranques de ira o cuando surgía un peligro, parecía dotado de una fuerza bíblica y de una agilidad extraordinaria, a pesar de sus cuarenta y cuatro años de edad. De joven había sido reserva en el equipo olímpico de esgrima en Estocolmo y había visto la victoria de su amigo Nedo Nadi en la competición individual de florete. No obstante, le gustaba más la espada; lo llevaba en la sangre, decía su maestro, pese a que éste consideraba el de la espada un arte bárbaro, a diferencia del florete o el sable. Paciencia, nervios de acero y un excelente espíritu de observación eran las cualidades necesarias para destacar en esta disciplina, y Giacomo seguía conservándolas y se mantenía entrenado.

—Yo de ti no lo haría. Te pondrías en boca de todos, y tú mismo sueles decir que nosotros tenemos el deber de resistir como el junco al viento. Antes o después pasará —respondió Giovanni, y le sonrió.

—Sí, lo sé —admitió—. Lo digo por decir. Sé que no serviría para nada. Pero ya verás: esto no es más que el principio. Afortunadamente esto no es Alemania, aunque no dejemos de imitarla como un mono de repetición. A propósito, ¿cómo fue el encuentro de ayer con el cónsul?

—El doctor Wolf estuvo muy amable y le gustaron mucho los libros que le llevé. Especialmente aquella edición rara de Manuzio, el *Hypnerotomachia Poliphili*.

—Es una edición valiosísima; ha hecho una gran compra.

—Hoy en día no es fácil encontrar a alguien dispuesto a pagar veinticinco mil liras por un libro.

—Es cierto, pero ese texto vale mucho más.

Giacomo de Mola se preparó para salir, aunque no tenía ningunas ganas de dejar atrás el agradable ambiente fresco de la librería. Los gruesos muros de piedra mantenían una temperatura casi constante en todas las estaciones, lo que garantizaba no sólo la conservación de los preciosos libros y de los manuscritos antiguos, sino también un flujo continuo de clientes

que huían de las rígidas temperaturas invernales o del bochorno del verano, como en aquellos días.

Ya fuera, una ráfaga de calor húmedo le envolvió en un abrazo sofocante. El panamá de paja de color marfil apenas lo protegía de los rayos del sol y sonrió a la vista de dos milicianos con sus pantalones gris oscuro metidos en un par de botas altas y camisa y fez negros. A pesar de su paso triunfal, estaba seguro de que estarían sufriendo mucho más que él y que le envidiarían su traje de lino blanco.

Ya llegaba tarde a su reunión periódica en la Accademia dei Georgofili, trasladada unos años atrás a la Torre de' Pulci, y aceleró el paso, aunque estaba a sólo unos cientos de metros. Tal como solía hacer a menudo últimamente, Giacomo de Mola pensó en Giovanni y en el camino que habían recorrido juntos, desde que lo había recogido del orfanato y lo había llevado a estudiar al colegio de los Jesuitas de Livorno. Una vez graduado con excelentes notas gracias a su gran inteligencia, haciendo uso de sus contactos Giacomo había conseguido matricularlo en la Sorbona de París, donde el muchacho había obtenido brillantes resultados, graduándose en letras antiguas y literatura italiana.

32

Sin embargo su satisfacción no era completa, porque aún no había conseguido confiar plenamente en él. A pesar de que llevaban más de diez años trabajando juntos, a veces tropezaba con una barrera impenetrable, quizá debida a su carácter reservado, o quizás a la dura vida que había vivido de huérfano. En cualquier caso, durante aquellos años había dedicado mucho tiempo a su instrucción y le había hecho partícipe de muchos secretos; pero no de todos, no de los más importantes. Para estos últimos no le parecía que estuviera preparado aún. Lo estaría, pero a su tiempo, porque estaba seguro de haber hecho una buena elección. Por otra parte no tenía hijos, pero Giovanni se convertiría en hijo suyo muy pronto, con la adopción. Él aún no lo sabía, se lo diría a su tiempo, junto al último de los secretos, el más grande. Quizás aquel mismo año, porque Giovanni ya se mostraba inquieto, como un potro consciente de que lo han criado para correr, que intuye el olor de la pista y de la competición.

Giovanni Volpe se quedó solo en la librería. Esperó a que salieran los últimos clientes y cerró cuidadosamente la caja y la puerta exterior. Se detuvo frente a un espejo a observar su ros-

tro anónimo, cuyo único rasgo peculiar era el rojo encendido del cabello. Luego se dirigió al teléfono y le pidió a la operadora que le pasara con un número de Roma, a cobro revertido. Sí, que se diera prisa, por favor. ¿El receptor acepta? Estupendo, pássemelo, por favor.

—*Herr von Mackensen?*

—*Ja. Herr Volpe?*

—*Wie geht es Ihnen?*

—*Sehr gut. Aber sprechen Sie bitte Italienisch.*

—*Vielen Dank. ¿Puedo hablar?*

—Desde luego —respondió el embajador alemán con un leve acento gutural—, es una línea segura.

Los encuentros semanales en la Accademia dei Georgofili estaban reservados a un grupo de estudiosos. No obstante, ya no se debatía, como había sido objetivo tradicional de la academia desde hacía casi doscientos años, sobre los mejores métodos para eliminar el gorgojo del olivo, o de si las moreras de las Filipinas eran más resistentes que las chinas, o de los méritos ecuestres de los pastores de la Maremma. Las suyas eran reuniones algo especiales, en las que el término griego *georgos*, cultivador de la tierra, se entendía en un sentido más amplio, más espiritual.

En aquellos encuentros reservados se hablaba libremente de religión, de filosofía, de ciencia y de política, sin ninguna censura o temor. Antes de entrar en aquel estrecho círculo de estudiosos y pensadores, había que demostrar tener cualidades poco frecuentes, y creer en ideales de paz, libertad, justicia y fraternidad. Para que alguien fuera admitido era necesaria la aprobación por parte de todos los miembros, que debían justificarla con un breve informe, asumiendo toda la responsabilidad. Después el candidato iba siendo informado gradualmente, y hasta que no se comprobaba su legítimo interés, no se le explicaban los objetivos de la asociación. Al final de todo aquel procedimiento, por fin era introducido y presentado al grupo.

Por el modo en que se producía la iniciación, muchos pensaban que entraban a formar parte de una logia masónica secreta, pero la mayoría no quedaban decepcionados. También

había un segundo nivel de asociados, que era un grupo mucho más restringido: giraba en torno a De Mola y tenía la función de protegerlo. Desde siglos atrás se llamaba Omega.

Giacomo había llevado consigo *Il Giornale d'Italia* para hablar sobre aquel aberrante artículo sobre la raza. Estaba convencido de que los intelectuales y estudiosos debían intentar poner freno de algún modo a las idioteces que estaba difundiendo el régimen fascista desde hacía un tiempo, cada vez con mayor frecuencia. Eran muchas, algunas inocuas, como la invitación a llamar *coccotello* al cóctel, *mezzorado* al yogur, *giazzo* al jazz o *membro* al socio, lo que, sobre todo en este último caso, suscitaba una irrefrenable hilaridad. No obstante, él consideraba que la idiotez más macroscópica era la institución de los Hijos de la Loba, para niños de seis a siete años, que luego se pasaba a los niveles de *Balilla*, *Avanguardisti*, etcétera. No dejaba de preguntarse si a ningún pez gordo fascista se le había ocurrido pensar que «Hijos de la Loba» significaba, etimológicamente, «hijos de puta», ya que originalmente se llamaba *loba* a la prostituta que se ofrecía a los pastores y campesinos por los campos de la antigua Roma.

34

Pero aquello eran tonterías, aunque fueran significativas. La arenga venenosa sobre la raza, de clara inspiración y origen germánicos, en cambio, era muy peligrosa y potencialmente devastadora. Aun así, Giacomo sabía que no podía exponerse demasiado personalmente. Si lo situaban en el punto de mira, la misión podría quedar comprometida. Después de casi cinco siglos de tradición y de espera, no podía permitirselo.

Por encima de todo tenía que pensar en el libro, del que era el último guardián. Le había dedicado su vida. Era su destino, como el de todos los De Mola antes que él. Y el de los De Mola futuros, hasta que llegara el momento por fin de desvelar lo que ocultaban. Hacía casi quinientos años que la familia protegía y transmitía el secreto, y él era el último guardián. El siguiente sería Giovanni, en cuanto fuera adoptado y tomara el apellido De Mola. Cuando llegara el momento justo, el libro se haría público. Cuando todos, sin distinciones de religión, de sexo, de condición social, de opinión política o de patria pudieran conocerlo y leerlo, entonces se habría cumplido el sueño del conde Della Mirandola.

Unos años antes, cuando el fascismo propugnaba ideas sociales y el nacionalsocialismo aún no había mostrado su verdadero rostro, parecía que se acercaba el día, y Giacomo había abrigado la esperanza de ser él quien se librara de aquel peso para sí mismo y para los hijos de sus hijos. Pero en los últimos tiempos, a pesar de todos los horrores que había pasado recientemente con la guerra mundial, el mundo parecía haber caído de nuevo en una nueva oscuridad. Y él tenía que estar atento, muy atento, y esperar pacientemente, manteniendo el libro lejos del alcance de los demonios, nuevos y viejos, que estaban reconquistando el antiguo poder.

Roma, jueves, 7 de diciembre de 1486

El conde Giovanni Pico della Mirandola y de Concordia acarició, distraído, el dorso de una pila de libros que el impresor Eucharius Silber, *Franck* había dispuesto cuidadosamente en unos cajones.

Cogió uno y, tras su nombre, leyó con orgullo la portada:

36

JOHANNES PICO MI.
CONCLUSIONES SIVE THESES DCCCC
PUBLICE DISPUTANDAE, SED NON ADMISSAE

Después empezó a hojear las páginas, impresas con caracteres góticos pero de ángulos suaves, que se acercaban a la escritura redonda de los monjes amanuenses y que facilitaban la lectura.

—Es un trabajo precioso, Eucharius. Creo que ambos tenemos que estar orgullosos.

—La forma es bien poca cosa, como dice Platón, y en este caso no es más que la sombra de su contenido.

—¿Lo has leído?

—No, excelencia, tenía que elegir: o imprimir, o leer. Y sabía que, de momento, habríais preferido que me dedicara a lo primero. No obstante, lo haré, si me dais permiso; tengo una gran curiosidad.

—Te lo agradeceré —respondió Giovanni Pico— y espero que en la próxima edición decidas quitar ese alias entre tus apellidos, que no te hace justicia.

—¡Pobre de mí! Lo podré hacer cuando los asnos vuelen y la luna caliente más que el sol. Como sabéis, señor, ese alias para mí es como un escudo, que en parte oculta y en parte protege mis orígenes.

—Tú sabes que yo sigo los ritos de la Iglesia, Eucharius.

—Como yo, excelencia —se apresuró a precisar el impresor.

—Sí, pero ante el Dios cristiano tengo mucho menos mérito que tú —respondió con una ligera sonrisa Giovanni Pico. Eucharius lo miró, escéptico—. Sí —prosiguió Giovanni—, tú tienes una gran ventaja sobre mí, a ojos del Omnipotente.

—No entiendo. Os lo ruego, explicaos.

—Tú eres de la misma raza hebrea que su hijo, para mayor gloria tuya.

—Ah, señor, parece que juguéis conmigo. Al contrario, se me ve como el que lo ha crucificado, no como hermano suyo. Y de cara al mundo no hago más que purgar ese pecado, escuchando cada día la Santa Misa, confesándome públicamente y haciendo generosas ofrendas.

—Yo te entiendo, pero recuerda que Cristo era judío. Vivió, estudió y predicó como un judío, y como un judío murió. Fue Saulo de Tarso, el Pablo de las Escrituras, quien dio a Cristo una imagen diferente a la suya. Y lo hizo por razones políticas, amigo mío.

—Señor conde, os lo ruego, preferiría no escucharos. ¿Cómo podéis profesaros cristiano si decís esas cosas?

—Yo soy cristiano porque la palabra de Cristo era y es maravillosa.

—No os entiendo, conde, o quizá no quiero entenderos.

—Eucharius, Eucharius, no cierres las orejas al sonido de la verdad. Tú sabes perfectamente que Pablo era ciudadano romano, que los judíos representaban un peligro para Roma y que el judío más peligroso era precisamente Jesús de Nazaret. Su misión como funcionario romano era la de robar aquel hombre al judaísmo y a su pueblo, y así lo hizo. ¿Sabes que Pablo fue acusado de magia por parte de los jefes de las comunidades judías y que fueron los romanos quienes lo salvaron? ¿Sabes que defendió al cruel Nerón definiéndolo como autoridad instituida por Dios?

—¡Pero fue mártir de la Iglesia! —dijo Eucharius con convicción.

—¿De qué Iglesia, Eucharius? ¿De la gran fornicadora? ¿Saulo de Tarso, mártir? ¿Y quién lo dice? Su martirio está rodeado de misterio porque nunca tuvo lugar. Nadie, recuerda, sabe exactamente dónde ni cómo, y sobre todo si fue martirizado. Probablemente desapareció y reapareció vestido de *civis romanus* en alguna provincia lejana del Imperio, para disfrutar de una respetable vejez, entre libaciones y visiones dictadas por su epilepsia.

—Basta, conde, os lo ruego. ¡Habláis como un hereje!

El conde suspiró y sacudió la cabeza.

—Herejía: bajo este nombre se llevan a cabo las más terribles iniquidades. Sabes que «herejía» quiere decir elección, y yo he hecho la mía. Pero no pretendo asustarte. Ten fe, nuestro Dios es un único Ser, y eso será reconocido muy pronto.

—¿Pero qué habéis escrito en vuestras Tesis? —preguntó Eucharius, que ya no ocultaba su preocupación.

—Nada de lo que te he dicho, no te preocupes. Son tesis honestas y... cristianas, tal como tú lo entiendes. No obstante, cuando se debatan públicamente y sean admitidas como ciertas por la mayor comunidad de estudiosos de todo el mundo...

—¿De qué debate habláis? ¿Qué pensáis hacer con estos libros? Yo creía que...

—Siéntate, Eucharius. Quiero anticiparte mi proyecto, antes de que se haga público. Te lo mereces.

Silber Franck se sentó frente a él, y a medida que escuchaba las explicaciones de su noble cliente, el temor inicial se fue transformando cada vez más en inquietud y angustia.

—Pero el Papa no sabe nada de esta intención que tenéis —dijo, interrumpiéndolo—. ¡Tendríais que haberle avisado antes! Y el libro no ha sido autorizado siquiera. ¡Dios mío! Os confieso, conde, que si lo hubiera sabido antes, no sé si habría aceptado imprimirlo.

—¿Cuál es tu temor, Eucharius? Ninguna de mis tesis va contra la voluntad de... ese que llamas Dios. Es más, son la prueba demostrada de Su existencia, aunque no es precisamente lo que siglos de ignorancia nos han inducido a creer. Debatir sobre Su palabra no es blasfemar, sino acercarse a Su voluntad, que es la de reunir a todos los hombres para que vivan en paz, como hermanos, en la misma casa.

—¡Incluso los hijos de Mahoma!

—Por supuesto, ellos también. ¿Tú crees que no son dignos? Ellos también creen que el Evangelio, los Salmos y la misma Torah son libros de inspiración divina. ¿Cuál es, pues, la diferencia entre nosotros?

Eucharius hizo rápidamente la señal de la cruz, gesto que, siendo judío, se había impuesto con esfuerzo, pero que con el paso de los años se había convertido en una costumbre. Miró a los ojos al hombre que con tanta serenidad le estaba hablando de cosas terribles y peligrosas. Quizá fuera su noble origen el que lo ponía por encima de las leyes, o quizá fuera su joven edad la que le hacía hablar así, a pesar de la sabiduría que le reconocía. Parecía un hombre dócil, de una gracia casi femenina, con aquellos largos tirabuzones rubios que le caían hasta los hombros, pero sus palabras eran como saetas que resquebrajaban el cielo.

—No estoy en situación de discutir con vos, ni osaría nunca daros consejo, pero os ruego que escuchéis mi súplica: ¡sed prudente!

—Lo seré, buen amigo.

Giovanni Pico se puso en pie y le apoyó una mano en el hombro. Después fue a coger una alforja, de la que sacó tres manuscritos.

—¿También tienes esos tres ejemplares en cuero que te había pedido? —le preguntó amablemente al impresor.

—Sí, excelencia. Tal como me pedisteis, de éstos me he ocupado personalmente. Decidme si os gustan.

El noble admiró el excelente y refinado trabajo de Silber Franck. Una encuadernación a la italiana, de cuero rojo, grueso y brillante, sin una imperfección, decorado con un fino marco de oro impreso en seco. El lomo tenía seis nervios, para hacer el libro más robusto, ya que tenía que soportar a ambos lados una cerradura de hierro incrustada. Cada llave era por sí sola una pequeña obra maestra, con empuñadura de anillo, un disco perforado que mostraba en ambos lados la alfa y la omega; mientras el corto cañón, historiado, acababa en un peine de dientes, curvados y aparentemente irregulares. Sin su llave, era imposible abrir el libro. Todo había sido ejecutado siguiendo sus órdenes, incluido el cajoncito vacío en el interior del *verso* para introducir manuscritos en su interior.

—Me has servido de un modo espléndido, Eucharius, y siempre te estaré agradecido.

Giovanni Pico hizo cargar las cajas con los libros en un carrito y se quedó los manuscritos, que introdujo en el interior de los tres libros de tafilete rojo. En aquel momento, Eucharius observó con estupor que las páginas estaban pegadas entre sí, pero no dijo nada. Ya había visto y oído bastante. Con alivio lo vio alejarse, acompañado del seco traqueteo de las ruedas del carro sobre los adoquines. Antes de volver a entrar en el taller observó, a cierta distancia, a un grupo de niños que jugaban a la zara con grandes dados, y por un momento se quedó escuchando, complacido, sus risas apagadas. No obstante, cuando por fin echó la cadena a la puerta se vio sumido en los más inquietantes pensamientos.

40

Uno de aquellos niños recogió los dados a toda prisa, entre las protestas de los demás, y se los metió en una bolsita colgada del cuello, dentro de la camisa. Otro intentó cogerlo de la capa, pero él desenvainó un puñal e hizo ademán de pasárselo por la cara. Entonces se alejó caracoleando sobre las cortas piernas que le había dado la naturaleza. No había recorrido más que unos metros cuando un tercero le lanzó un terrón arrancado del suelo que le dio en la espalda, tras lo cual salió corriendo junto a toda la pandilla. Niños. Había conseguido hacerles trampas con los dados trucados, pero apenas había podido hacerse con unos *baiocchi*, que no le darían más que para un par de bocales de vino. Sin embargo tenía la impresión de que aquella noche no se iría de vacío. Aquel caballero que había seguido en un principio para robarle seguro que tenía algo que esconder, o no se habría presentado en plena noche en el taller de un impresor, judío para más señas. Un buen chivatazo a la persona indicada podría suponerle unos cuantos florines, o quizás hasta un buen *grossone* de plata: más de lo que podía ganar en un mes con la compañía de bufones que amenizaba las veladas de la nobleza española de Roma. Por otra parte, ¿qué otra cosa podía esperarse de un enano? Se dirigió lo más rápidamente posible hacia el Panteón, lo rodeó y llegó a la iglesia de Santa Maria sopra Minerva, sede de los poderosos domi-

nicos. Un guardia de la puerta lo reconoció y se echó a reír en su cara.

—¡Juanito de mis calzones! ¿Qué haces por la calle a estas horas? ¿Aún no has acabado tu ronda por los burdeles?

—No, aún me falta ir a ver a tu madre.

El soldado le lanzó una patada pero el enano fue más rápido que él y lo evitó, aunque acabó en el suelo.

—Ya está bien, Ramón —dijo el otro guardia—. Si Juanito está aquí, tendrá sus motivos.

—Tengo que hablar con don Diego de Deza —respondió el enano, levantándose del suelo—. Es urgente.

—Sube, Juanito, aún tiene la luz encendida; monseñor está rezando.

El enano subió con esfuerzo los dos tramos de escaleras que lo separaban del estudio del prelado. Bajo la pesada puerta se filtraba una débil luz, llamó y esperó. Poco después se abrió una mirilla y una sombra bajó la mirada. Juanito no tuvo que inclinarse para besar la mano del obispo.

—¿Cómo estáis, monseñor?

—Bien, porque por fin estoy a punto de volver a mi España querida.

Juanito frunció las tupidas cejas; aquélla no era una buena noticia. Don Diego de Deza era su principal fuente de ingresos, aparte de los ocasionales hurtos. A él le contaba regularmente todo lo que veía y oía en las casas de los nobles y del clero romano, y sospechaba que sus confidencias llegaban hasta los oídos del cardenal don Rodrigo de Borja, protector de don Diego.

—Has interrumpido mi rosario —prosiguió el obispo—. Espero que tengas un buen motivo.

Juanito le contó con todo lujo de detalles lo que había visto, añadiendo, con vehemencia, otros detalles de fantasía. Don Diego no dio mucho peso a sus palabras, pero cuando había por medio un judío, las órdenes que había recibido eran tajantes: no había que pasar nada por alto. Despachó a su informador con una bendición y un *grossone* de oro y se despidió de él para siempre. Mientras Juanito se alejaba hacia Campo de' Fiori, donde compartiría parte de sus ganancias con alguna joven ramera, el obispo despertó a su secretario y le dio precisas disposiciones que debía cumplir aquella misma noche.

Υ

Eucharius ya no esperaba a nadie. Después de mandar a casa a sus dos últimos trabajadores, cerró el taller. Ya estaba en la cama cuando oyó unos golpes violentos en la puerta. Corrió escaleras abajo, la abrió y se inclinó repetidamente. Rogó, lloró, presentó excusas por su salud y por fin aceptó con supina resignación la invitación perentoria a presentarse el mismo día, que ya anunciaba el color añil del cielo, nada menos que en la basílica de San Pedro, donde le interrogaría el cardenal camarlengo. Y el emisario papal le había exhortado a que llevara las pruebas de su inocencia o de su culpabilidad. Era como decirle a un condenado a muerte que no olvidara llevarse la cuerda con la que debían ahorcarlo. Volvió, pues, a la cama, pero sólo para tranquilizar a su mujer. Cuando la oyó respirar profundamente, se levantó de nuevo y bajó al taller.

42

De debajo de una pila de hojas cogió un ejemplar de su último trabajo. De costumbre hacía siempre aquello: se guardaba una copia, en parte por orgullo del trabajo realizado y en parte por prudencia, puesto que se había dado el caso alguna vez de que no le hubieran pagado. Pero esta vez era diferente; las manos le temblaban mientras sostenía el libro. ¡Oh, el conde y su locura: organizar un concilio de sabios de todas las religiones, y precisamente en Roma, sin autorización del Papa! ¡Ni siquiera el último emperador de Bizancio había sido tan osado! Y naturalmente en Roma ya se sabía todo, antes incluso que hubieran empezado a circular los ejemplares, y obviamente al primero al que habían ido a buscar era precisamente a él, Silber Franck, el impresor judío.

Ya se lo imaginaba: le obligarían a cerrar el taller, se lo llevarían a la prisión de Castel Sant'Angelo y allí lo torturarían y acusarían de las peores maldades. Y él confesaría todo lo que quisieran: que había profanado la hostia, que había escupido sobre el crucifijo o que durante la Pascua había derramado la sangre de niños inocentes. En breve acabaría como su hermano, o peor aún: lo quemarían vivo. O quizá desapareciera en alguna cloaca, sin que se le concediera siquiera la gracia de una sepultura.

Pobre Eucharius: todo lo habría perdido, y su mujer y sus hijos serían expulsados y morirían de hambre. Porque no deja-

rían nada suyo: todo lo que no quemaran, quedaría secuestrado. ¿Qué malvado designio divino dictaba robar y matar en nombre de Dios? Sin embargo, era así como se adquirirían la gloria y la salvación eternas, mientras que los pobres como él estaban destinados al Infierno en la Tierra y en el cielo.

«¿Por qué, conde? ¿Por qué debo pagar? ¿Por mi devoción hacia vos? ¿Por mi habilidad como impresor? Adonai, oh Adonai, me has abandonado y es justo, porque te he traicionado. ¡Perdóname, Adonai! Salva a este humilde siervo tuyo. ¡Y tú, conde, que con tanta familiaridad lo tratas, háblale de mí!»

Las lágrimas empezaron a caerle, copiosas, por las flacas mejillas, hasta que la desesperación fue dando paso lentamente a la rabia. Cogió el libro en la mano, lo tiró con fuerza al suelo y le escupió encima. Después lo recogió, abrió con violencia la puertecilla de la estufa y se quedó inmóvil, mirando el fuego. Pero quemarlo no habría servido de nada. Es más, habría sido peor. De modo que, cuando se le secaron las lágrimas, supo que su futuro estaba marcado. Y se sintió como Judas, destinado a traicionar a su Señor para que Él pudiera ser sacrificado y glorificado. Le deseó al conde el mismo destino de Jesucristo, mientras las primeras luces del alba penetraban por entre las fisuras de los postigos.

Roma, viernes, 8 de diciembre de 1486

Eucharius Silber Franck dudó un momento antes de emprender la ardua ascensión de los treinta y cinco escalones de mármol blanco que llevaban a la basílica y a la tumba de san Pedro. Muchos fieles los subían de rodillas, en acto de sumisión, como había hecho el mismo Carlomagno, pero él no, no lo iba a hacer. No tenía necesidad de mayores humillaciones.

44

Las tres grandes puertas en arco que se levantaban ante él parecían plantearle una interrogación: ¿cuál escoger? Tenían un significado bien preciso y él lo sabía, mientras que muchos cristianos de los de verdad lo ignoraban. La puerta de la justicia estaba a la izquierda, la de la verdad en el centro y la de la razón a la derecha. Escogió la tercera, porque no había justicia en lo que iba a hacer, ni tampoco verdad, y entró con paso decidido. En un pliegue de la capa llevaba una copia del *Conclusiones* de su cliente, el conde Giovanni Pico della Mirandola. Nadie lo detuvo y se encontró en el gran patio columnado, desde donde por fin pudo admirar la fachada de la gigantesca basílica de cinco naves, obra del emperador Constantino. Pero a su alrededor todo estaba en estado de semiabandono, como una especie de cantera en la que ya no trabajara nadie. Muchos años atrás se había trazado un gran proyecto para reestructurar toda la basílica y el papa Nicolás V había encargado el proyecto al arquitecto Leon Battista Alberti. Eucharius conocía su arte, y una vez había podido admirar las maravillas del *De re aedificatoria*, editado por Alemanno, impresor florentino que, como él, escondía su origen hebreo. Pero las obras se habían

interrumpido con la muerte del Papa y ahora, a su alrededor, sólo veía muros derruidos, techos desfondados y piedras y polvo por todas partes.

«¿En esto te has quedado, Santa Iglesia Romana? ¿Y yo que pongo en ti toda mi fe, mis esperanzas, mi propia vida? *Puttana sciolta* te llamó el poeta florentino,¹ la que flirtea con los poderosos de la Tierra. Ahora eres ya como la loba del Apocalipsis, que debe morir y ser enviada al Infierno, de donde procede.»

Eucharius dio un respingo cuando, en el interior de la basílica, un fraile dominico con la capucha levantada le cortó el paso con un gesto enérgico de la mano. Temeroso, sólo pudo balbucir que había sido convocado por el cardenal camarlengo. Salieron de la iglesia y, por el pórtico exterior, entraron en un edificio con almenas, éste sí lleno de guardias. El impresor recibió orden de esperar en una sala iluminada por un gran ventanal, que tenía por único mobiliario una silla de cruz a la moda florentina y un reclinatorio en el que se arrodilló. Poco después, por una puerta a su izquierda, entró una figura no muy alta, con una capa de color púrpura y un birrete de seda rojo con aguas. Eucharius hizo ademán de ponerse en pie, pero el recién llegado le indicó con un gesto que podía permanecer de rodillas, como si fuera una concesión, y se sentó en la silla, frente a él.

—Soy el cardenal Sansoni, el camarlengo. Os escucho, Eucharius Silber Franck. E intentad ser honesto y sincero, porque Dios os observa.

Los gritos de Inocencio VIII resonaban por todo el palacio.

—¿Qué se ha creído ese joven arrogante? ¿Acaso ha decidido quitarme el puesto? ¿Para eso ha dejado París para venirse a Roma? El conde Della Mirandola no puede publicar ni la lista de las fulanas de Roma sin mi aprobación.

—Santidad, os lo ruego, os oye todo el mundo...

1. *Puttana sciolta*, «puta desenvuelta»: Así califica Dante a la curia romana en el Purgatorio de su *Divina Comedia*. (N. del T.)